

Dios ofrecido por su gracia, perdieron ellos por su culpa (a); pues de tanto número de hombres solos dos entraron en ella (b). Donde todos los doctores comunmente dicen ser esto figura de los muchos que se condenan, y de los pocos que se salvan: que es, de ser muchos los llamados, y pocos los escogidos (c). Por donde no sin causa se llaman los justos muchas veces en la Escritura Divina (d), piedras preciosas; para dar á entender que son tan raros en el mundo como ellas, y que la ventaja que hace el número de las otras piedras toscas á estas, esa hace el número de los malos al de los buenos, como lo testificó Salomon, cuando dijo (e) que era infinito el número de los locos. Pues dime ahora, si tan pocos y tan contados son los escogidos, como te dice la figura y la verdad (pues ves cuantos fueron por justo juicio de Dios privados de aquello para que fueron llamados), ¿cómo no temerás tú en ese tan común peligro y diluvio universal? Si fueran las partes iguales, aun había grandísima razón para temer. ¿Mas qué digo partes iguales? Dígame de verdad que es tan grande mal infierno para siempre, que aunque no hubiera de ser mas que un hombre solo en todo el linaje humano el que hubiese de ir á él, solo este había de hacer temblar á todos los otros. Cuando el Salvador cenando con sus discípulos dijo (f) que uno de ellos le había de vender, todos comenzaron á temer, aunque su conciencia los aseguraba; porque cuando el mal es grande, aunque sea de pocos, cada uno teme por la parte que le puede caber. Si estuviese un grande ejército de hombres en un campo, y supiesen todos por revelacion de Dios que había de caer un rayo y matar á uno, sin saber á quien, no hay duda sino que cada uno temería su propio peligro. ¿Pues qué sería si la mitad dellos, ó la mayor parte hubiese de peligrar? ¿Cuánto sería mayor este temor? Pues dime, hombre sabio para todas las cosas del mundo, y del todo bruto para tu salvacion, revélate aquí Dios que han de ser tantos los que aquel rayo de la divina justicia ha de herir, y tan pocos los que han de escapar, y no sabes tú á cual parte desta perteneces, ¿y con todo eso no temes? ¿Es por ventura ménos mal el infierno que el rayo? ¿Hate Dios á tí asegurado? ¿Tienes cédula de tu salvacion? Hasta agora ninguna cosa te asegura, y tus obras te condenan, y segun la presente justicia (sino vuelves la hoja) estás reprobado: ¿y con todo esto no temes?

Dices que te esfuerza la misericordia divina. Esa no deshace lo dicho: antes si con ella se compadece tanto número de perdidos, ¿no se compadecerá que seas tú tambien uno dellos, si vivieres como ellos? ¿No ves, miserable de tí, que te engaña el amor proprio, pues te hace presumir de tí otra cosa que de todo el mundo? Porque, ¿qué privilegio tienes tú mas que todos los hijos de Adam, para que no vayas tú donde van aquellos cuyas obras imitas?

Y si por sus obras habemos de conocer á Dios (como arriba se dijo), una cosa te sé decir: que aunque sean muchas las comparaciones que se pueden hacer de la misericordia á la justicia (donde siempre son aventajadas las obras de la misericordia), pero en cabo venimos á hallar que en el linaje de Adam, de quien tú decides (g), mas son los vasos de ira, que los de misericordia; pues son tantos los que se condenan y tan pocos los que se salvan. Lo cual no es porque falte á nadie el favor y ayuda de

(a) 1. Cor. 10. (b) Núm. 14. (c) Matth. 20. (d) Apoc. (e) Eccl. 1. (f) Joan. 15. Marc. 14. (g) Rom. 9.

Dios, el cual, como dice el Apóstol (h), quiere que todos se salven, y vengan al conocimiento de la verdad; sino por falta de los malos que no se quieren aprovechar de los favores de Dios.

He dicho todo esto, para que entiendas que si con esta tan grande misericordia de Dios que tú alegas, se compadece que haya en el mundo tantos infieles, y en la Iglesia tantos malos cristianos; y que si de los infieles se pierden todos, y de los cristianos tantos, tambien se compadecerá que te pierdas tú tambien con ellos, si fueses tal como ellos. ¿Por ventura rieronse á tí los cielos cuando nacias, ó mudáronse entónce los derechos de Dios, y las leyes de su Evangelio, porque para tí haya de ser un mundo, y para los otros otro? Pues si con esta tan gran misericordia se compadesce que el infierno haya dilatado su seno, y que deciendan cada dia millares de ánimas á él (i), ¿no se compadecerá que decienda tambien la tuya, si vivieres esa mesma vida? Y porque no digas que entónce era Dios riguroso y agora manso, mira que con esa mansedumbre se compadece agora todo esto que has oido; para que no dejes tú tambien de temer tu castigo, aunque seas cristiano, si eres malo.

¿Perderá por ventura Dios su gloria, si tú solo dejas de entrar en ella? ¿Tienes tú algunas grandes habilidades de que Dios tenga particular necesidad, porque te haya de sufrir con todas tus tachas buenas y malas? ¿ó tienes algun especial privilegio mas que los otros, porque no te hayas de perder con ellos, si fueres malo como ellos? Pues á los hijos de David, que fueron privilegiados por los méritos de su padre, no dejó Dios de dar su merecido, cuando fueron malos (k); y así muchos dellos acabaron desastradamente (l); ¿y estás tú vanamente confiado, creyendo que con todo eso estás seguro? Yerras, hermano mio, yerras si crees que eso sea esperar en Dios. No es esa esperanza, sino presumpcion; porque esperanza es confiar que arrepintiéndote y apartándote del pecado, te perdonará Dios, por malo que hayas sido; mas presumpcion es creer que perseverando siempre en mala vida, todavía tienes tu salvacion segura. Y no pienses que es este cualquier pecado; porque él es uno de los pecados que se cuentan contra el Espíritu Sancto (porque esto es injuriar y usar mal de la bondad de Dios, que especialmente se atribuye al Espíritu Sancto); los cuales pecados dice el Salvador (m) que no se perdonan en este siglo ni en el otro: dando á entender que son dificultosísimos de perdonar; porque cuanto es de su parte cierran la puerta de la gracia, y ofenden al mesmo médico que nos ha de dar la vida.

§. III.

Conclusion de todo lo dicho.

Concluyamos pues esta materia con aquel desengaño que el Espíritu Sancto nos da por el Eclesiástico, diciendo (n): Del pecado perdonado no dejes de tener temor, y no digas: misericordioso es el Señor; no se acordará de la muchedumbre de mis pecados. Porque su misericordia y su ira están muy cerca, y su ira tiene los ojos puestos sobre los pecadores. Dime ruégote: si de los pecados ya perdonados nos manda tener temor, ¿cómo tú

(h) 1. Tim. 2. (i) Isai. 5. (k) 5. Reg. 2. et 9. Reg. 18. (l) Absalom, Amnon, Adonias. (m) Matth. 12. (n) Eccl. 5.

no temes añadiendo cada dia pecados á pecados? Y nota bien aquella palabra que dice que la ira divina mira á los pecadores; porque desampara el entendimiento desta materia. Para lo cual has de saber que aunque la misericordia de Dios se extiende á justos y pecadores, y á todos alcance su parte, conservando á los unos y llamando y esperando á los otros; pero con todo eso; aquellos grandes favores que promete Dios en sus Escrituras, señaladamente pertenescen á los justos; los cuales así como guardan fielmente las leyes de Dios, así les guarda él fielmente su palabra, y les es verdadero padre, como ellos le son obedientes hijos. Y por el contrario cuanto lees de amenazas, y maldiciones, y rigores de justicias, todo eso habla contigo, y con los tales como tú. Pues ¿qué ceguedad es la tuya, que no tengas miedo de las amenazas que hablan contigo, y tomes grande contentamiento con las palabras que no dicen á tí? Toma la parte que te cabe, y deja al justo su hacienda. Para tí es la ira; teme. Para el justo el amor y la bienquerencia; alégrese. ¿Quiéreslo ver? Mira qué dice David (a): Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos sobre las oraciones dellos. Sobre su rostro airado está sobre los malos; para destruir de la tierra la memoria dellos. Y en el libro de Esdras hallarás escritas estas palabras (b): La mano del Señor (que es su providencia paternal) está puesta sobre aquellos que de verdad lo buscan; mas su imperio, y su fortaleza, y su furor, contra todos los que lo desamparan.

Pues si esto es así, tú, miserable, que perseveras en pecado, ¿cómo andas engañado? ¿cómo cruzas los brazos? ¿cómo truecas las cartas? no dice á tí ese sobre escrito. No habla contigo en ese estado de ira y de enemistad la dulzura del amor y de la bienquerencia divina. Esa parte es de Jacob: no pertenece á Esaú. Esa suerte es de los buenos: tú que eres malo, ¿qué tienes que ver con ella? deja de serlo, y será tuya. Deja de serlo, y hablará contigo la benevolencia y la providencia paternal de Dios. Entretanto tiranno eres, y usurpador de lo ajeno, y en lo vedado quieres entrar. Espera en el Señor, dice David (c), y haz buenas obras. Y en otro lugar (d): Sacrificad (dice él) sacrificio de justicia, y espera en el Señor. Esta es buena manera de esperar, y no haciéndote truhan de la divina misericordia, perseverar en pecado, y pensar de ir al paraíso. El buen esperar es apartándote de las malas obras, y llamando á Dios; mas si obstinadamente perseveras en ellas, no es esperar, sino presumir; no es esperar, y esperando merecer misericordia, sino ofendiendo á la misericordia, hacerse indigno della. Porque así como la Iglesia no vale al que confiando en ella sale della á hacer mal; así es justo que no valga la misericordia de Dios al que se favorece della para el mal.

Esto habian de considerar los dispensadores de la palabra de Dios; los cuales muchas veces no mirando con quien hablan, dan ocasion á los malos para perseverar en sus males. Debrian mirar, que así como á los cuerpos enfermos el que mas les da de comer, mas los daña; así á las ánimas obstinadas en pecados, el que mas las sustenta con esta manera de confianza, mas motivo les da para continuar la mala vida.

Finalmente, acabo esta materia con aquella prudente sentencia de Sant Augustin, el cual dice que esperando y desesperando, van los hombres al infierno: esperando

(a) Psal. 33. (b) 1. Ecd. 8. (c) Psal. 56. (d) Psal. 1.

mal en la vida, y desesperando peor en la muerte. Así que, hermano mio, déjate esas presumptuosas confianzas, y acuérdate que hay en Dios misericordia y justicia; por donde así como pones los ojos en la misericordia para esperar, así tambien los debes poner en la justicia para temer. Porque (como dice muy bien Sant Bernardo), dos piés tiene Dios, uno de misericordia y otro de justicia, y nadie debe abrazar el uno sin el otro; porque la justicia sola sin misericordia no nos haga temer tanto, que desesperemos: ni la misericordia sola sin la justicia nos haga presumir y esperar tanto, que perseveremos en el mal vivir.

CAPITULO XXVIII.

Contra los que se excusan diciendo que es áspero y dificultoso el camino de la virtud.

Otra excusa suelen alegar en su favor los hombres del mundo para desamparar la virtud, diciendo que es áspera y dificultosa: aunque esta aspereza bien conocen que no nasce della (pues como amiga de la razon es muy conforme á la naturaleza de la criatura racional), sino de la mala inclinacion de nuestra carne y apetito: la cual nos vino por el pecado. Por lo cual dijo el Apóstol (e): Que la carne cobdiciaba contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, y que estas dos cosas eran entre sí contrarias. Y en otro lugar: Huélgome, dice él (f), con la ley de Dios segun el hombre interior; mas siento otra ley en mis miembros que contradice á la de mi ánima y me captiva y subjecta al pecado. En las cuales palabras da á entender él que la virtud y la ley de Dios es conforme y agradable á la porcion superior de nuestra ánima, que es toda espiritual (donde está el entendimiento y la voluntad); mas la guarda della se impide por la ley de los miembros, que es por la mala inclinacion y corrupcion de nuestro apetito con todas sus pasiones; el cual rebeló contra la porcion superior desta ánima, cuando ella rebeló contra Dios: la cual rebellion es causa de toda esta dificultad. Pues por esta razon son tantos los que dan de mano á la virtud, aunque la estimen en mucho, como hacen algunas veces los enfermos, que aunque desean la salud, aborrescen la medicina, porque la tienen por desabrida. Por do parece que si sacásemos á los hombres deste engaño, habríamos hecho una gran jornada; pues esto es lo que principalmente los aparta de la virtud; porque por lo demas no hay en ella cosa que no sea de grandísimo precio y dignidad.

§. I.

De cómo la gracia que se nos da por Cristo hace fácil el camino de la virtud.

Has pues agora de saber que la causa principal deste engaño es poner los hombres los ojos en sola esta dificultad que hay en la virtud, y no en las ayudas que de parte de Dios se nos ofrecen para vencerla; que es aquella manera de engaño que padescia el discípulo del profeta Eeliseo (g) segun arriba declaramos, el cual como veia el ejército de Siria que tenia cercada la casa de su Señor, y no veia el que de parte de Dios estaba en su defensa, desmayaba y teniase por perdido; hasta que por oracion del sancto Profeta le abrió Dios los ojos, y vió cuánto mayor poder habia de su parte que de la de los contrarios. Pues tal es el engaño destes que hablamos: porque como ellos experimentan en sí la dificultad de la virtud, y no han experimentado los favores y socorro

(e) Galat. 5. (f) Rom. 7. (g) 4. Reg. 6.

que se dan para alcanzarla, tienen por dificultosísima esta empresa, y así se despiden della.

Pues dime ahora, ruégote: si el camino de la virtud es tan dificultoso, ¿qué quiso significar el Profeta cuando dijo (a): En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité, así como en todas las riquezas del mundo? Y en otro lugar (b): Tus mandamientos, Señor, son mas dignos de ser deseados que el oro y las piedras preciosas, y mas dulces que el panal y la miel. De manera que no solo concede lo que todos concedemos á la virtud, que es su maravillosa excelencia y preciosidad, sino tambien lo que el mundo le quita, que es dulzura y suavidad. Por donde puedes tener por cierto que los que hacen esta carga pesada (aunque sean cristianos, y vivan en la ley de gracia) no han aun desayunádose deste misterio. Pobre de tí, tú que dices que eres cristiano, dime: ¿para qué vino Cristo al mundo? para qué derramó su sangre? para que instituyó los sacramentos? para que invió al Espíritu Sancto? ¿Qué quiere decir Evangelio? ¿qué quiere decir gracia? ¿qué Jesús? ¿Qué significa este nombre tan celebrado dese mesmo Señor que adoras? Y si no lo sabes, pregúntalo al Evangelista que dice (c): Ponerle has por nombre Jesús; porque él hará salvo á su pueblo de sus pecados. ¿Pues qué es ser Salvador y librador de pecados, sino merecernos el perdon de los pecados pasados, y alcanzarnos gracia para excusar los venideros? ¿Para qué, pues, vino este Salvador al mundo, sino para ayudarte á salvar? ¿Para qué murió en la Cruz, sino para matar el pecado? ¿Para qué resucitó despues de muerto, sino para hacerte resucitar en esta nueva manera de vida? ¿Para qué derramó su sangre, sino para hacer della una medicina, con que sanase tus llagas? ¿Para qué ordenó los Sacramentos, sino para remedio y socorro de los pecados? ¿Cuál es uno de los mas principales frutos de su pasión, y de su venida, sino habernos allanado el camino del cielo, que ántes era áspero y dificultoso? Así lo significó Isaías, cuando dijo (d) que en la venida del Mesías los caminos torcidos se enderezarian, y los ásperos se allanarian. Finalmente, ¿para qué, sobre todo esto, invió el Espíritu Sancto, sino para que de carne te hiciese espíritu? ¿Y para qué lo invió en forma de fuego (e), sino para que como fuego te encendiese, y alumbrase, y avivase, y transformase en sí mesmo, y te levantase á lo alto, de donde él bajó? ¿Para qué es la gracia con las virtudes infusas que della proceden, sino para hacer suave el yugo de Cristo? para hacer lijero el ejercicio de las virtudes? para cantar en las tribulaciones? para esperar en los peligros, y vencer en las tentaciones? Este es el principio, y el medio, y el fin del Evangelio: conviene saber (f), que así como un hombre terrenal y pecador (que fue Adam) nos hizo pecadores y terrenos, así otro hombre celestial, y justo (que fué Cristo) nos hiciese celestiales y justos. ¿Qué otra cosa escriben los evangelistas? ¿qué otras promesas anunciaron los profetas? ¿qué otra predicaron los apóstoles? Esta es la suma de toda la teología cristiana. Esta es la palabra abreviada que Dios hizo sobre la tierra. Esta es la consumacion y abreviacion que el profeta Isaías dice que oyó á Dios (g), de la cual se siguieron luego en el mundo tantas riquezas de virtudes y de justicia.

Declaremos esto mas en particular. Pregúntote, ¿de

(a) Psal. 118. (b) Psal. 119. (c) Matth. 1. (d) Isai. 40. (e) Act. 2. (f) 1. Cor. 15. (g) Isai. 10.

dónde procede la dificultad que hay en la virtud? Decirme has que de las malas inclinaciones de nuestro corazón, de nuestra carne concebida en pecado; porque la carne contradice al espíritu, y el espíritu á la carne (h), como cosas entre sí contrarias. Pues pongamos agora por caso que te dijese Dios: Ven acá, hombre; yo te quitaré ese mal corazón que tienes, y te daré otro corazón nuevo, y te daré fuerzas para mortificar tus malas inclinaciones y apetitos. Si esto te prometiese Dios, ¿serte hia entónces dificultoso el camino de la virtud? Claro está que no. Pues dime, ¿qué otra cosa es la que tiene este Señor tantas veces prometida y firmada en todas sus Escrituras? Oye lo que dice por el profeta Ezequiel, hablando señaladamente con los que viven en la ley de gracia (i). Yo (dice él) os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros, y quitaros he el corazón que teneis de piedra, y daros he corazón de carne; y pondré mi espíritu en medio de vosotros, y mediante él, haré que andeis por el camino de mis mandamientos, y guardéis mis justicias, y las pongais por obra, y moraréis en la tierra que yo dí á vuestros padres, y seréis vosotros mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. Hasta aquí son palabras de Ezequiel. ¿De qué dudas tú agora aquí? ¿De que no guardarás Dios contigo esta palabra? ¿O si podrás con el cumplimiento della guardar su ley? Si dices lo primero, haces á Dios falso prometedor, que es una de las mayores blasfemias que pueden ser. Si dices que con este socorro no podrás cumplir su ley, háceslo defectuoso proveedor; pues queriendo remediar el hombre, no dió para ello bastante remedio. ¿Pues qué te queda aquí en que dudar?

Allende desto, tambien te dará virtud para mortificar estas malas inclinaciones que pelean contra tí, y te hacen dificultoso este camino. Este es uno de los principales efectos de aquel árbol de vida, que el Salvador con su sangre santificó. Así lo confiesa el Apóstol, cuando dice (k): Nuestro viejo hombre fué juntamente crucificado con Cristo, para que así fuese destruido el cuerpo del pecado, para que ya no sirviésemos mas al pecado. Y llama aquí el Apóstol viejo hombre y cuerpo de pecado á nuestro apetito sensitivo, con todas las malas inclinaciones que dél proceden: el cual dice que fué crucificado en la Cruz con Cristo; porque por aquel nobilísimo sacrificio nos alcanzó gracia y fortaleza para poder vencer este tiranno, y quedar libres de las fuerzas de sus malas inclinaciones, y de la servidumbre del pecado, como arriba se declaró. Esta es aquella victoria, y aquel tan gran favor que el mesmo Señor promete por Isaías, diciendo así (l): No temas, porque yo estoy contigo: no te apartes de mí, porque yo soy tu Dios. Yo te esforzaré, y te ayudaré, y la mano diestra de mi justo (que es el mesmo Hijo de Dios) te sostendrá. Buscarás á los que peleaban contra tí, y no los hallarás: serán como si no fuesen, y quedarán como un hombre rendido y gastado ante los piés de su vencedor. Porque yo soy tu Señor Dios, que te tomaré por la mano, y te diré: No temas, que yo te ayudaré. Hasta aquí son palabras de Dios por Isaías. Pues ¿quién desmayará con tal esfuerzo? ¿Quién desmayará con el temor de sus malas inclinaciones, pues así las vence la gracia?

(h) Gal. 5. Rom. 7. (i) Ezech. 11. (k) Rom. 6. (l) Isai. 41.

§. II.

Responde á algunas objeciones.

Y si me dices que todavía quedan á los justos sus rincillos secretos, que son aquellas rugas que, como se escribe en Job (a), los acusan y dan testimonio contra ellos, á eso te responde el mesmo profeta con una palabra diciendo (b): Serán como si no fuesen; porque si quedan, quedan para nuestro ejercicio, y no para nuestro escándalo; quedan para despertarnos, y no para enseñorearnos; quedan para darnos ocasiones de coronas, y no para ser lazos de pecados; quedan para nuestro triunfo, no para nuestro caimiento; finalmente quedan de tal manera, como convenia que quedasen para nuestra aprobacion, y para nuestra humildad, y para el conocimiento de nuestra flaqueza, y para gloria de Dios, y de su gracia: de manera que el haber así quedado redundan en provecho nuestro. Porque así como las bestias fieras (que de suyo son perjudiciales al hombre) cuando son amansadas y domésticas sirven al provecho del hombre, así tambien las pasiones moderadas y templadas ayudan en muchas cosas á los ejercicios de la virtud.

Pues dime agora: si Dios es el que así te esfuerza, ¿quién te derribará? Si Dios es por tí, ¿quién contra tí (c)? El Señor, dice David (d), es mi lumbré, y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré yo temor? Si se asentaren reales de enemigos contra mí, no temerá mi corazón; y si se levatare batalla contra mí, en él tendré yo mi esperanza. Por cierto, hermano mio, si con tales promesas como estas no osas determinarte á servir á Dios, que debes ser muy cobarde; y si de tales palabras no te fias, sin duda eres muy desleal. Dios es el que te dice que te dará otro nuevo sér (e); que te mudará el corazón de piedra, y te lo dará de carne; que mortificará tus pasiones; que vendrá á tal estado, que no te conocerás; que mirará por tus malas inclinaciones, y no las hallará; porque él las debilitará y enflaquecerá: ¿pues qué tienes mas aquí que pedir? ¿qué tienes mas que desear? ¿qué te falta, sino fe viva, y esperanza viva, para que te quieras fiar de Dios, y arrojarte en sus brazos (f)?

Paréceme que no puedes responder á esto, sino diciendo que son grandes tus pecados, y que por ellos te será por ventura negada esta gracia. A esto te respondo que una de las mayores injurias que puedes hacer á Dios, es esa; pues das á entender que hay alguna cosa que él ó no pueda ó no quiera remediar, convirtiéndose á él su criatura, y pidiéndole remedio. No quiero que en esta parte creas á mí, cree aquel sancto profeta, el cual parece que se acordaba de tí, y te salia al camino, cuando escribió aquellas palabras que en sentencia dicen así (g): Si por tus peccados te hobieren comprendido estas maldiciones susodichas, y despues movido á penitencia te volvieres á tu Señor Dios con todo tu corazón y ánimo, él se apiadará de tí, y te librárá del cautiverio en que estuvieres, y te traerá á la tierra que te tiene jurada, aunque te hayan llevado hasta el cabo del mundo. Y añade mas: Y circuncidará el Señor Dios tu corazón, y el corazón de tus hijos, para que así le puedas amar con toda tu ánima, y con todo tu corazón. ¡Oh si te circuncidase agora este Señor tambien los ojos, y te quitase las tinieblas dellos, para que vieses claramente la manera

(a) Job. 46. (b) Isai. 41. (c) Rom. 8. (d) Psal. 26. (e) Ezech. 11. (f) Psal. 26. (g) Deut. 30.

desta circuncision! No serás tan grosero que entiendas esta circuncision corporalmente, porque deso no es capaz el corazón. Pues ¿qué circuncision es esta que el Señor aquí promete? Sin dubda es la demasia de nuestras pasiones y malas inclinaciones que nacen del corazón, las cuales son un muy grande impedimento de su amor. Pues todas estas ramas estériles y dañosas promete él que circuncidará con el cuchillo de su gracia, para que estando el corazón (si decirse puede) desta manera podado y circuncidado, emplee toda su virtud por sola esta rama del amor de Dios. Entónces serás verdadero israelita (h); entónces te habrás circuncidado al Señor, cuando él hubiere cercenado de tu ánima el amor del mundo, y no quedará en ella mas que solo su amor.

Y querria que notases atentamente cómo esto que el Señor aquí promete que hará si te volvieres á él, eso mesmo te manda él en otra parte que hagas, diciendo (i): Circuncidáos al Señor, y cercenad las demasias de vuestros corazones. Pues ¿cómo, Señor, lo que vos aquí prometéis de hacer, me mandáis á mí que haga? Si vos habeis de hacer esto, ¿para qué me lo mandáis? Y si yo lo tengo de hacer, ¿para qué me lo prometéis? Esta dificultad se suelta con aquellas palabras de Sant Agustín, que dicen (k): Señor, dadme gracia para hacerlo que vos me mandáis, y mandadme lo que quisiéredes. De manera que él es el que manda lo que tengo de hacer, y el que me da gracia para hacerlo: por donde en una mesma cosa se hallan juntamente mandamiento y promesa, y una mesma cosa hace él, y hace el hombre: él como causa principal, y el hombre como ménos principal. De suerte que se há Dios en esta parte con el hombre, como el pintor que rigiese el pincel en las manos de un discípulo suyo, y así viniese á hacer una imagen perfecta: la cual está claro que hacen ambos, mas no es igual ni la honra ni la eficacia de ambos. Pues así lo hace Dios aquí (guardada la libertad de nuestro albedrio) con nosotros, porque despues de acabada la obra, no tenga el hombre por qué gloriarse, sino por qué glorificar al Señor con el Profeta, diciendo (l): Todas nuestras obras obraste, Señor, en nosotros.

Pues acuérdate desta palabra, y por ella glosarás todos los mandamientos de Dios; porque todo cuanto él te manda que hagas, él promete ser contigo para hacerlo. Y así como cuando te manda circuncidar el corazón, él dice que lo circuncidará, así cuando te manda que le ames sobre todas las cosas, él te dará gracia para que así lo ames. De aquí nace llamarse el yugo de Dios suave (m); porque lo tiran dos: conviene saber, Dios y el hombre: y así lo que la naturaleza sola hacia dificultoso, la divina gracia hace lijero. Y por esto acabadas estas palabras, dice luego el Profeta mas abajo (n): Ese mandamiento que yo te mando hoy, ni está sobre tí, ni muy léjos de tí, ni está levantado en el cielo, para que hayas de decir: ¿Quién de nosotros podrá subir al cielo para traerlo de allí? Ni tampoco está puesto dese cabo de la mar, para que tengas ocasion de decir: ¿Quién podrá pasar la mar y traerlo de tan léjos? No está pues así alejado, sino muy cerca de tí lo hallarás en tu boca y en tu corazón para haberlo de cumplir. En las cuales palabras quiso el sancto Profeta quitar todos los nublados y dificultades que los hombres sensuales ponen en la ley de Dios; porque como miran á la ley sin el Evangelio, esto

(h) Ioan. 1. (i) Hier. 4. (k) Lib. 10. Confess. c. 51. (l) Isai. 36. (m) Matth. 11. (n) Deut. 30.

es, lo que les mandan hacer, sin la gracia que les darán para poderlo hacer: ponen este achaque en la ley de Dios, llamándola pesada y dificultosa, y no miran que expresamente contradicen en esto á las palabras del evangelista Sant Joan, que dice (a): La verdadera caridad consiste en que guardemos los mandamientos de Dios. Los cuales mandamientos no son pesados; porque todo aquello que nace de Dios, vence el mundo. Quiere decir, que los que recibieron en sus ánimas el espíritu de Dios, mediante el cual fuéron reengendrados y hechos hijos de aquel cuyo espíritu recibieron; estos, como tienen dentro de sí á Dios que en ellos mora por gracia, pueden mas que todo lo que no es Dios; y así ni el mundo, ni el demonio, ni todo el poder del infierno es poderoso contra ellos. De donde se sigue que aunque la carga de los mandamientos divinos fuera muy pesada, las nuevas fuerzas que por la gracia se comunican, la hacen liviana.

§. III.

De cómo el amor de Dios hace también fácil y suave el camino del cielo.

¿Pues qué será si con todo lo susodicho juntamos también el socorro que nos viene por parte de la caridad? Ca cierto es que una de las principales condiciones de la caridad es hacer suavísimo el yugo de la ley de Dios. Porque, como dice Sant Augustin, no son penosos los trabajos de los que aman, sino ántes ellos mismos deleitan, como los de los que pescan, montean, y cazan. ¿Quién hace á la madre no sentir los trabajos continuos de la crianza del niño, sino el amor? ¿Quién hace á la buena mujer curar noche y día sin cesar el marido enfermo, sino el amor? ¿Quién hace hasta las bestias y las aves andar tan solícitas en la crianza de sus hijos, y ayunar lo que ellos comen, y trabajar porque ellos descansan, y atreverse á defenderlos con tan gran coraje, sino el amor? ¿Quién hizo al apóstol Sant Pablo decir aquellas tan animosas palabras que él escribe en la Epístola á los romanos (b): ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Habrà tribulación, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo que esto pueda? Ciertamente estoy que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni fuerza, ni alteza, ni profundidad, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios. ¿Quién otrosí hizo á nuestro padre Sancto Domingo tener tan grande sed del martirio, como el ciervo de las fuentes de las aguas (c), sino la fuerza deste amor? ¿De donde le vino á Sant Lorenzo estar con tanta alegría asándose en las parrillas, que viniese á decir que aquellas brasas le daban refrigerio, sino de la sed grande que tenía del martirio, la cual había encendido la llama deste amor? Porque el verdadero amor de Dios (como dice Crisólogo) ninguna cosa tiene por dura, ninguna por amarga, ninguna por pesada. ¿Qué hierro, qué heridas, qué penas, qué muertes pueden vencer al amor perfecto? El amor es una cota de malla que no se puede falsear: despide las saetas, sacude los dardos, escarnea los peligros, burla de la muerte; finalmente, si es amor, todas las cosas vence.

Mas no se contenta el perfecto amor con vencer los trabajos que se le ofrecen, sino desea también que se le ofrezcan por lo que ama. De aquí nace una gran sed que los varones perfectos tienen de martirios, que es der-

(a) 1. Joan. 3. (b) Rom. 8. (c) Psalm. 41.

ramar sangre por aquel que primero derramó la suya por ellos. Y como no se les cumple este deseo, encruélcense contra sí mismos, y hacen de sí verdugos contra sí. Por esto martirizan sus cuerpos, y afligenlos con hambre, sed, frío, calor, y con otros muchos trabajos, y desta manera descansan algun tanto, porque se les cumple en algo su deseo.

Este lenguaje no entienden los amadores del mundo, ni alcanzan cómo se pueda amar lo que ellos tanto aborrecen, y aborrecer lo que tanto aman; mas verdaderamente es ello así. En la Escritura leemos (d) que los egipcios tenían por dioses los animales brutos, y como á tales los adoraban. Mas por el contrario los hijos de Israel llamaban abominaciones á los que ellos llamaban dioses, y sacrificaban y mataban para gloria del verdadero Dios á los que ellos adoraban por dioses. Pues desta manera los justos (como verdaderos israelitas), llaman abominaciones á los dioses del mundo, que son las honras, los deleites y las riquezas, á quien él adora y sacrifica: escupen y matan estos falsos dioses (como unas abominaciones) para gloria del verdadero Dios. Y así el que quisiere ofrecer á Dios sacrificio agradable, mire lo que el mundo adora, y eso le sacrifique; y por el contrario, abraçe por su amor lo que viere que aborresce. ¿Por ventura no lo hacían así aquellos que despues de haber recibido las primicias del Espíritu Sancto iban alegres delante del Concilio por haber padecido injurias por el nombre de Cristo? ¿Pues cómo lo que bastó para hacer dulces las cárceles, y los azotes, y las parrillas, y las llamas, no bastará para hacerte dulce la guarda de los mandamientos divinos? Y lo que basta cada día para hacer llevar á los justos no solamente la carga de la ley, sino también la sobrecarga de sus ayunos, vigiliias, disciplinas, cilicios, desnudez y pobreza ¿no bastará para hacer á tí llevar la simple carga de la ley de Dios y de su Iglesia? ¡Oh cómo vives engañado! ¡Oh cómo no conoces la virtud, y las fuerzas de la caridad y de la gracia divina!

§. IV.

De otras cosas que nos hacen suave el camino de la virtud.

Lo dicho bastaba suficientemente para deshacer del todo este comun impedimento que muchos alegan. Mas ya que nada desto fuese así, ya que en este camino hubiese trabajos, dime ruégote: ¿qué mucho era por la salvacion de tu ánima hacer algo de lo que haces por la salud de tu cuerpo? ¿Qué mucho sería hacer algo por escapar de tormentos eternos? ¿Qué te parece que haría aquel rico avariento (e) que está en el infierno, si le diesen licencia para tornar á este mundo á enmendar los yerros pasados? Pues no ménos es razon que hagas tú agora de lo que él hiciera, pues si fueres malo, te está guardado el mismo tormento, y así has de tener el mismo deseo.

Y demas desto si atentamente considerares lo mucho que Dios por tí ha hecho, y lo mucho mas que te promete, y los muchos pecados que tienes contra él cometidos, y los muchos trabajos que padescieron los santos, y mucho mas lo que padesció el Sancto de los santos, sin duda te avergonzarías de no padecer algo por Dios, y aun de cualquier bocado que bien te supiese, vendrias á tener miedo y descontentamiento. Por lo cual dijo

(d) Exod. 8. Vide de hoc Sancti Thom. 4. 2. q. 102. art. 3. ad secundum. (e) Luc. 16.

Sant Bernardo que no igualaban las pasiones y tribulaciones deste siglo, ni con la gloria que esperamos, ni con la pena que tememos, ni con los pecados que habemos cometido, ni con los beneficios que habemos recibido de Dios. Cualquiera destas consideraciones bastaba para acometer esta vida por trabajosa que fuera.

Mas para decirte la verdad: aunque en todas partes, y en todas las maneras de vidas haya trabajos, sin comparación es mayor el trabajo que hay en el camino de los malos que en el de los buenos. Porque aunque sea trabajo caminar de cualquier manera que caminos (porque al fin el camino cansa), pero muy mayor trabajo pasa el ciego que camina, y mil veces tropieza, que el que tiene ojos y mira por donde va. Pues como esta vida sea camino, no se pueden en ella excusar trabajos, hasta que vamos al lugar de los descansos. Mas el malo, como no se rige por razon, sino por pasión, claro está que camina á ciegas; pues no hay en el mundo cosa mas ciega que la pasión. Pero los buenos, como se guían por razon, ven estos despeñaderos, y barrancos, y desvíanse dellos; y así caminan con ménos trabajo, y mayor seguridad. Así lo entendió y confesó aquel gran sabio Salomon, cuando dijo (a): La senda de los justos resplandece como la luz, y va siempre creciendo hasta llegar al mediodía; mas el camino de los malos es oscuro y tenebroso, y así no ven los despeñaderos en que caen. Y no solo es oscuro (como aquí dice Salomon), sino también deleznable y resbaladizo, como dice David (b); para que por aquí veas cuántas caídas dará quien camina por tal camino, y esto á oscuras y sin ojos, y así entiendas por estas semejanzas la diferencia que va de camino á camino, y de trabajo á trabajo.

Y aun para ese poco de trabajo que á los buenos queda, hay mil maneras de ayudas que los alivian y disminuyen, como ya dijimos. Porque primeramente ayúdalos la asistencia y providencia paternal de Dios que los rige, y la gracia del Espíritu Sancto que los anima, y la virtud de los sacramentos que los santifica, y las consolaciones divinas que los alegran, y los ejemplos de los buenos que los esfuerzan; y las escrituras de los santos que los enseñan, y el alegría de la buena conciencia que los consuela, y la esperanza de la gloria que los alienta, con otros mil favores y socorros de Dios; con los cuales se le hace tan dulce este camino, que vienen con el Profeta á decir (c): ¡Cuán dulces son, Señor, las palabras de tus mandamientos á mi garganta! Mas que la miel en mi boca.

Pues quien quiera que todo esto considerare, verá luego claramente la concordia de muchas autoridades de la Escritura divina, de las cuales unas hacen este camino áspero, y otras suave. Porque en un lugar dice el Profeta (d): Por amor de las palabras de tus labios yo anduve por caminos duros. Y en otro dice (e): En el camino de tus mandamientos me deleité, así como en todas las riquezas. Porque este camino tiene ambas estas cosas: conviene saber, dificultad y suavidad: la una por parte de la naturaleza, y la otra por virtud de la gracia; y así lo que era dificultoso por una razon, se hace lijero por otra. Lo uno y lo otro significó el Señor, cuando dijo (f) que su yugo era suave, y su carga liviana. Porque en decir yugo, significó el peso que aquí había; y en decir suave, la facilidad que por parte de la gracia se le daba.

(a) Prov. 4. (b) Psalm. 54. (c) Psalm. 148. (d) Psalm. 66. (e) Psalm. 148. (f) Matth. 11.

Y si por ventura preguntares: ¿cómo es posible que sea yugo y sea suave, pues la condicion del yugo es ser pesado? A esto se responde: Que la causa es, porque Dios lo alivia, como él lo prometió por el profeta Oseas, diciendo (g): Yo les seré como quien levanta el yugo, y lo quita de encima de sus mejillas. Pues luego, ¿qué maravilla es que sea liviano el yugo que Dios alivia, y el que él mismo ayuda á levantar? Si la zarza ardia y no se quemaba, porque Dios estaba en ella (h); ¿qué mucho es que esta sea carga, y sea liviana, pues el mismo Dios está en ella ayudándola á llevar? ¿Quieres ver lo uno y lo otro en una misma persona? Oye lo que dice Sant Pablo (i): En todas las cosas padecemos tribulaciones, y no nos angustiamos; vivimos en extrema pobreza, y no nos falta nada; sufrimos persecuciones, y no somos desamparados; humillámonos, y no somos confundidos; abátennos hasta la tierra, y no somos por eso perdidos. Cata aquí pues por un cabo la carga de los trabajos, y por otro el alivio y suavidad que Dios suele poner en ellos.

Pues aun mas claro significó esto el profeta Isaías, cuando dijo (k): Los que esperan en el Señor mudarán la fortaleza, tomarán alas como águilas, correrán y no trabajarán, andarán y no desfallecerán. Ves pues aquí el yugo deshecho por virtud de la gracia, y ves trocada la fortaleza de carne en fortaleza de espíritu; ó por mejor decir, la fortaleza de hombre en fortaleza de Dios. Ves cómo el sancto Profeta ni llamó el trabajo, ni llamó el descanso, ni la ventaja que había de lo uno á lo otro, cuando dijo: Correrán y no trabajarán; andarán, y no desfallecerán. Así que, hermano mio, no tienes por qué desear este camino por áspero y dificultoso; pues tantas cosas hay en él que lo hacen llano.

§. V.

Prueba por ejemplo ser verdad todo lo dicho.

Y si todas estas razones no te acaban de convencer, y tu incredulidad es como la de Sancto Tomas, que no queria creer sino lo que viese con los ojos (l), también descenderé contigo á este partido; porque no temo ninguna prueba defendiendo tan buena causa. Pues para esto tomemos agora un hombre que lo haya corrido todo; que algun tiempo fué vicioso y mundano, y despues por la misericordia de Dios está ya trocado y hecho otro. Este es bueno para juez desta causa; pues no solamente ha oído, sino también visto, y probado por experiencia ambas cosas, y bebido de ambos cálices. Pues á este podrias tú muy bien conjurar, y pedirle te dijese cuál dellos halló mas suave. Desto podrian dar muy buen testimonio muchos de los que están diputados en la Iglesia para examinadores de las conciencias ajenas; porque estos son los que deciden á la mar en navios, y ven las obras de Dios en las muchas aguas (m): que son las obras de su gracia, y las grandes mudanzas que cada día se hacen por ella, las cuales sin duda son de grande admiracion. Porque verdaderamente no hay en el mundo cosa de mayor espanto, ni que cada día se haga mas nueva á quien bien la considera, que ver lo que en el ánima de un justo obra esta divina gracia. ¡Cómo la transforma! cómo la levanta! cómo la esfuerza! cómo la consuela! cómo la compone toda dentro y fuera! cómo le hace mudar las costumbres del

(g) Oseas, 11. (h) Exod. 3. (i) 2. Cor. 4. (k) Isai. 40. (l) Ioan. 20. (m) Psalm. 106.

hombre viejo! cómo le trueca todas sus aficiones y deleites! cómo le hace amar lo que antes aborrecía, y aborrecer lo que antes amaba, y tomar gusto en lo que antes le era desabrido, y desgusto en lo que antes le era sabroso! Qué fuerzas le da para pelear! qué alegría! qué paz! qué lumbre para conocer la voluntad de Dios, la vanidad del mundo, y el valor de las cosas espirituales que antes despreciaba! Y sobre todo esto lo que mayor espanto pone, es ver en cuán poco tiempo se obran todas estas cosas; porque no es menester cursar muchos años en las escuelas de los filósofos, y aguardar al tiempo de las canas para que la edad nos ayude á cobrar seso, y mortificar las pasiones: sino que en medio del fervor de la mocedad, y en espacio de muy pocos dias, se muda un hombre tan mudado, que apenas parece el mismo. Por lo cual dice muy bien Cipriano que este negocio primero se siente que se aprenda; y que no se alcanza por estudio de muchos años, sino por el atajo de la gracia, que en muy breve lo da todo. La cual gracia podemos decir que es como unos espirituales hechizos con que Dios por una manera maravillosa muda los corazones de los hombres de tal modo, que les hace amar con grandísimo amor lo que antes aborrecían (que era el ejercicio de las virtudes), y aborrecer con grandísimo aborrecimiento lo que antes amaban, que eran los gustos y deleites de los vicios.

Este es uno de los grandes provechos que sacan del oficio del confesar los que esto hacen con aquella devoción y espíritu que deben; porque allí ven cada dia muchas destas maravillas, con las cuales parece que les paga nuestro Señor el trabajo de su servicio tan bien pagado, que muchos habemos visto mudados con la vista destas mudanzas, y muy aprovechados en el camino de la virtud con estos cotidianos ejemplos. Estos pues callando oyen, como otro Jacob (a), las palabras y misterios de Josef; y estiman con su justo precio lo que no sabe estimar el niño simple que lo relata.

Mas para mayor claridad y confirmacion de lo dicho, añadiré aquí el ejemplo y autoridad de dos grandes santos, los cuales en un tiempo vivieron en este mismo engaño, y despues vieron el desengaño: y lo uno y lo otro quiso Dios que dejasen escripto para nuestro ejemplo y aviso. Pues el bienaventurado mártir Cipriano, escribiendo á un amigo suyo llamado Donato, el principio y manera de su conversion, dice así (b):

En el tiempo que andaba yo perdido y engolfado en el mundo, sin saber de mi vida, sin tener lumbre y conocimiento de la verdad, tenia por imposible lo que para mi salud y remedio la divina gracia me prometia: conviene saber, que el hombre podia volver á nacer de nuevo (c), y recibir otro espíritu, y otra manera de vida, con la cual dejase de ser lo que antes era, y comenzase á tener otro nuevo sér, y otra contradiccion de vida; de tal modo que aunque la sustancia y figura del cuerpo fuese la mesma, el hombre interior del todo se mudaria. Antes decia yo que era imposible la tal mudanza; porque no podia tan presto deshacerse lo que tan asentado estaba en nosotros, así por parte de la naturaleza corrupta, como de la costumbre depravada. Porque ¿cómo será posible que sea abstinentes el que está acostumbrado á mesas largas y delicadas? ¿Cómo se querrá abajar á traer una capa raída, el que huelga de resplandecer con oro y púrpura? Y el que se deleita

(a) Gen. 37. (b) 2. lib. Ep. Epist. 2. (c) Joan 5.

con los magistrados y cargos de república, ¿cómo le sufrirá el corazón verse sin oficio y sin honra? Y el que se precia de andar muy acompañado de servidores, y de hinchar la calle por do va de criados, ¿cómo no terná por tormento verse solo y desacompañado? No puede ser sino que los vicios y costumbres pasadas han de acudir á pedir cada uno su derecho, y convidar y solicitar el corazón con sus halagos y blanduras. No puede ser sino que muchas veces ha de solicitar la gula, y envanecer la soberbia, y deleitar la honra, é inflamar la ira, y indignar la crueldad, y despeñar la lujuria.

Esto era lo que yo conmigo muchas veces trataba. Porque como estaba enlazado en tantas maneras de males (de los cuales no creia poder librarme), con la desconfianza de la emienda favorecia á los mismos vicios á quien servia, como á criados familiares nacidos en mi casa. Mas despues que alimpiadas las culpas de la vida pasada, entró la luz de lo alto en el corazón purificado ya, y limpio con el agua del santo bautismo: despues que recibido el espíritu del cielo, el segundo nacimiento me hizo otro nuevo hombre; luego por una manera maravillosa comenzaron á asentarse las cosas ántes dudosas, y aclararse las oscuras, y abrirse las cerradas, y á parecérseme fáciles las que ántes parecían difíciles, y posibles las que se me hacían imposibles; de tal manera que se parecia bien claro ser propio del hombre lo que habia nacido de carne, y así vivia segun carne (d): mas de Dios, y no del hombre, lo que el Espíritu Santo habia animado. Bien sabes tú por cierto, amigo Donato, bien sabes lo que este espíritu del cielo me quitó, y lo que me dió: el cual es muerte de los vicios, y vida de las virtudes. Bien sabes tú todo esto; porque no predico yo aquí mis alabanzas, sino la gloria de Dios. Excusada es en este caso la jactancia; aunque no se puede llamar jactancia, sino agradecimiento, lo que no se atribuye á la virtud del hombre, sino á la gracia de Dios; pues está claro que el haber dejado de pecar procedió de su gracia: así como el haber ántes pecado fué de la naturaleza corrupta.

Hasta aquí son palabras de Cipriano: en las cuales abiertamente ves el engaño tuyo, y de muchos otros; los cuales midiendo la dificultad de la virtud con sus propias fuerzas, tienen por dificultoso, y aun por imposible alcanzarla; y no miran que en arrojándose en los brazos de Dios, y determinando de salir de pecado, los recibe en su gracia; la cual hace tan llano este camino, cuanto aquí has visto por este ejemplo; pues es cierto que ni aquí se te dice mentira, ni tampoco faltará á tí la gracia que á este santo no faltó, si te volvieres á Dios, como él lo hizo.

Oye otro ejemplo no ménos admirable que este. Escribe Sant Augustin en el octavo libro de sus Confesiones (e), que como él comenzase á tratar en su corazón de dejar el mundo, que se le ofrecían grandes dificultades en esta mudanza, y que le parecia que por una parte todos sus deleites pasados se le atravesaban delante, y le decían: ¿Cómo? ¿y para siempre nos quieres dejar? ¿y dende agora nunca mas eternamente nos has de ver? Por otra parte, dice que se le representaba la virtud con un rostro alegre y sereno, acompañada de muchos buenos ejemplos, así de doncellas, como de viudas, y de otras personas que en todo género de estados y edades castamente vivían, diciéndole: ¿Cómo?

(d) Ibid. (e) Cap. 41.

¿no podrás tú lo que estos y estas pueden? ¿Por ventura estos y estas pueden lo que pueden por su virtud, ó por la de Dios? Mira que porque estribas en tí, caes. Arrójate en Dios, y no temas; porque no se desviará, ni te desamparará. Arrójate en él seguramente, que él te recibirá y te salvará.

En medio desta batalla tan reñida, dice este santo que comenzó á llorar fuertemente, y que se apartó á solas, y se dejó caer debajo de una higuera, y que soltando las riendas á las lágrimas, comenzó á dar voces de lo íntimo de su corazón, diciendo (a): ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo te airarás contra mí? ¿hasta cuándo no se dará fin á mis torpezas? ¿hasta cuándo ha de durar este mañana, mañana? ¿por qué no será luego? ¿por qué no se da en esta hora fin á mis maldades?

Acabadas estas y otras cosas que este santo allí refiere, dice luego que le mudó nuestro Señor súbitamente el corazón, de tal manera que nunca mas tuvo apetito de vicios carnales, ni de otra cosa del mundo; sino que del todo sintió su corazón libre de todos los apetitos pasados. Y así, como suelto ya destas cadenas, comienza en el libro siguiente á dar gracias á su libertador, diciendo (b): ¡Oh, Señor, yo soy tu siervo, yo tu siervo, é hijo de tu sierva (c)! ¡Rompiste, Señor, mis ataduras; á tí sacrificaré sacrificio de alabanza. Alábenle mi corazón y mi lengua, y todos mis huesos digan (d): Señor, ¿quién es como tú? ¿Dónde estaba Cristo Iesu ayudador mio? ¿Dónde estaba tantos años habia mi libre albedrío, pues no se convertía á tí? ¿De cuán profundo piélagos lo sacaste en un momento para que subjectase yo mi cuello á tu dulce yugo, y á la carga liviana de tu sancta ley? ¿Cuán deleitable se me hizo luego carecer de los deleites del mundo, y cuán dulce dejar lo que ántes recelaba perder? Echabas tú fuera de mi ánima, verdadero y sumo deleite, todos los otros vanos deleites: echábaslos fuera, y entrabas tú en lugar dellos, mas dulce que todo otro deleite, y mas hermoso que toda otra hermosura. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin.

Pues dime agora: si esto así pasa, si tan grande es la virtud y eficacia de la divina gracia; ¿qué es lo que te tiene captivo para que no hagas otro tanto? Si tú crees que esto es verdad, y que esta gracia es poderosa para hacer esta mudanza, y que esta no se negará á quien de todo su corazón la buscare (pues es agora el mismo Dios que entónces era, sin acepcion de personas); ¿qué te detiene para que no salgas desta miserable servidumbre, y abras el sumo bien que se te ofrece de balde? ¿Por qué quieres mas con un infierno ganar otro infierno, que con un paraíso otro paraíso? No seas cobarde ni desconfiado. Prueba una vez este negocio, y confía en Dios; que no lo habrás comenzado, cuando te salga él á recibir, como al hijo pródigo, los brazos abiertos (e). Cosa maravillosa es, que si un burlador te prometiese enseñar un arte de alquimia, con que pudieses hacer del cobre oro, no dejarías (aunque te costase mucho) de probarla: y date aquí la palabra Dios de manera como puedas tú de tierra hacerte cielo, y de carne espíritu, y de hombre ángel, ¿y no lo quieres probar?

Y pues en cabo, tarde ó temprano has de conocer esta verdad en esta vida, ó en la otra: ruégote pienses atentamente cuán burlado te hallarás el dia de la cuenta,

(a) Cap. 12. (b) Lib. 9. cap. 1. (c) Psalm. 115. (d) Psalm. 34. (e) Lucas, 15.

viéndote condenado porque dejaste el camino de la virtud por áspero y dificultoso; conociendo allí claramente que era mucho mas deleitable que el de los vicios, y el que solo llevaba á los deleites eternos.

CAPITULO XXIX.

Contra los que recelan seguir el camino de la virtud, por el amor del mundo.

Si tomásemos el pulso á todos los que recelan el camino de la virtud, por ventura hallaríamos que una de las principales cosas que mas los acobarda, es el amor engañoso deste siglo. Y llámolo engañoso, porque la causa dél es una falsa imágen y apariencia de bien que tienen las cosas del mundo, la cual hace á los ignorantes que las estimen en mucho. Porque así como las bestias espantadizas huyen de algunas cosas, por imaginar que son peligrosas, no lo siendo; así estos por el contrario aman y siguen las del mundo, creyendo ser deleitables, no lo siendo. Y por esto así como los que quieren hacer perder á las tales bestias este siniestro, procuran llevarlas por aquel mismo paso que rehusan, porque vean que no era mas que sombra lo que temían; así conviene que llevemos agora estos por la sombra destas cosas mundanas que tan desordenadamente aman, y se las hagamos mirar con otros ojos; para que claramente vean cómo es vanidad y sombra todo lo que aman, y que así como aquellos peligros no merecen ser temidos, así ni estos bienes amados.

Mirando pues agora atentamente el mundo con toda su felicidad, hallo en él estas seis maneras de males, que nadie me podrá negar: conviene saber, brevedad, miseria, peligro, ceguedades, pecados y engaños, con los cuales anda acompañada esta su felicidad: por donde claramente se verá lo que ella es. Pues de cada cosa destas trataremos agora aquí brevemente por su órden.

§. I.

De cuán breve sea la felicidad del mundo.

1.ª MISERIA.

Comenzando pues agora por la brevedad, no me podrás negar que toda la felicidad y suavidad del mundo (cualquiera que ella sea) á lo ménos es breve. Porque la felicidad del hombre no puede ser mas larga que la vida del hombre. Y que tan larga sea esta vida, ya en otra parte lo declaramos (f); pues la mas larga vida de los hombres apenas llega á cien años. Mas ¿cuántos son los que llegan hasta aquí? Visto he yo obispos de dos meses, y sumos pontífices de uno, y recién casados de una sola semana; y destes ejemplos leemos muchos en los tiempos pasados, y vemos cada dia muchos en los presentes. Mas concedámoste agora que sea muy larga tu vida. Démos (dice Sant Crisóstomo) cien años á los pasatiempos del mundo, y añade á estos otros ciento, y aun otras dos veces ciento: ¿qué tiene que ver todo esto con la eternidad? Si muchos años, dice Salomon (g), viviere el hombre, y en todos ellos le succedieren las cosas á su voluntad, debria acordarse del tiempo tenebroso, y de los dias de la eternidad, los cuales cuando vinieren, verse ha claro cómo todo lo pasado fué vanidad. Porque en presencia de una eternidad, toda felicidad (por grandísima que haya sido), vanidad parece y así lo es. Esto confiesan aun los mismos malos en el li-

(f) Libro de la Oracion, en la consideracion del mártir en la noche, §. 2. (g) Ecl. 14.